

DISCURSO DE CONTESTACIÓN DEL ACADÉMICO DON ELÍAS PINO ITURRIETA

La Historia es una ciencia que busca ella misma sus caminos, sin que nadie desde el exterior de su ámbito determine el rumbo adecuado. Son los historiadores relacionados con el universo al que pertenecen, pero especialmente debido al compromiso que tienen con su disciplina, con la profesión que escogieron para ser útiles al prójimo y para ganarse con honradez el pan, los únicos que pueden determinar con propiedad cómo se examinan las huellas del pasado, cómo se vuelve hacia ellas una y otra vez hasta cuando se transforman en auxilio de la posteridad. Sólo gracias a la familiaridad con un método que evoluciona progresivamente y mediante el contacto con el saber de los colegas de todas las latitudes, con sus progresos y sus dudas, pero igualmente debido a la ineludible conexión de tal saber con la angustia o con la conformidad desde las cuales se mira hacia los antecedentes, ocupan con legitimidad la Historia y los historiadores la plaza que les corresponde en la vida del hombre. Ningún poder puede llevar a la ciencia y a sus oficiantes a seguir un itinerario determinado por intereses ajenos al conocimiento propiamente dicho. Ningún dinero sirve para orientar la calidad de los aportes que suelen ofrecer los mejores discípulos de Clío, a menos que se pretenda la formación de una crónica de estereotipos destinada a la fábrica de un remedo de memoria. El cometido requiere entonces una simulación del oficio de historiar y una nómina de burócratas, porque un historiador de verdad, como muchos que por fortuna han existido y existen en nuestro país, no forma parte de inicuas comparsas.

Las corporaciones y los gremios en cuyo seno se congregan los artífices de un oficio particular no sólo se ocupan de reunir a la generalidad de sus semejantes, sino también de distinguir a los sobresalientes. En la medida en que señalan las excelencias de algunos de los suyos, se reconocen sus integrantes en las contribuciones de la encomienda suprema a la cual los llamó la vocación. Si lo que de veras importa es mirarse en la profundidad del espejo de quienes han cumplido con creces la obligación del trabajo o el empeño de una especialidad, el ascenso deliberado que se hace de alguno muy calificado supera las barreras de lo propiamente individual y grupal para convertirse en una conexión expresa con la meta superior de la corporación o del gremio. Como incumben a nuestro caso la Historia y la obra de los historiadores, la Academia ha asumido hoy el

desafío de insistir en la trascendencia del saber que le importa como médula de su destino, de ese saber hecho en la pureza de una teoría y una técnica, de una evolución interior y aún de una filosofía, de ese saber sin otra atadura que no sea la reconstrucción honesta del pasado y el vínculo que se pueda realizar entre el pasado y nuestros días sin traspasar la barrera de la arbitrariedad. La Academia Nacional de la Historia no sólo reconoce ahora las cualidades de uno de sus pares, sino también la trascendencia del saber histórico para cuyo fomento fue creada.

¿No ha sido el discurso de Manuel Caballero, que acabamos de escuchar, una evidencia del saber histórico llevado hasta una escala de excepción? ¿No ha sido una demostración de la pericia de un sagaz investigador frente a los intentos de fabricar un saber mostrenco y político, superficial y vano, relacionado sólo en apariencia con el trabajo de los profesionales de verdad que hoy colman nuestro paraninfo? En las vísperas de la elección de quien ocupa a partir de hoy el sillón que perteneció a un hombre tan respetuoso y respetable como don José Luis Salcedo Bastardo, algunos temieron que diera la Academia el mal paso de traer a su seno a un combatiente demasiado sesgado que no sería compañía propicia para las reflexiones usualmente apacibles de quienes nos vemos las caras cada jueves para dialogar en un reino de urbanidad y buenas maneras. Independientemente de que a veces se salte la pluma del recipiendario en sus escaramuzas del periódico las normas del maestro Carreño, lo cual no dejaría de ser sugestivo, por cierto, para los inquilinos del antiguo convento de San Francisco, el solo recuerdo de lo que nos acaba de decir comprueba cómo no pusimos la mirada en el animal político que se reviste de columnista cotidiano, sino en un historiador con toda la barba.

Sólo la intimidad con las herramientas del análisis histórico puede desembarcar en la crítica documental que ha hecho Manuel Caballero. Las huellas del pasado trasegadas según la tiranía de la rutina, pero también debido a la influencia de la miopía, son otras después de su plausible observación. La reflexión se remitió a textos manipulados hasta la saciedad, pero la versión de la verdad que ha manado ahora de sus contenidos forma parte de un entendimiento inédito cuyos resultados no se reducirán seguramente al mejor discernimiento de la época a la cual corresponden las fuentes, sino también a la relación que la sociedad mantiene ahora con el período sobre el que ellas informan. La radiografía no sólo ha dependido del contacto entre el historiador y unos papeles viejos que se han leído hasta el cansancio por las generaciones anteriores y por las actuales cada vez más entusiastas e invidentes. Los aportes han dependido de cómo relacionó los papeles con el talante de su tiempo y con la obligación de no pedirle al pasado lo que no puede dar, para que se cargaran ellos de una palabra jamás escuchada, de una juventud y una novedad que bien pudieran incorporarse a la maña de resolver la encrucijada de nuestros días.

A nadie escapa cómo quiso ocuparse Manuel Caballero en la primera estación de su discurso, de la Independencia de Venezuela y de los testimonios de su protagonista más respetado y célebre, para escudriñarlos desde la atalaya de la autonomía profesional sin atender a las habituales concesiones hacia el grande hombre y hacia sus dorados y adorados tiempos. El suceso es digno de encomio, por supuesto, no en balde comprueba cómo el conocimiento histórico se vale de sus propias herramientas para cumplir su obligación sin que le dicten la pauta desde el vecindario de la política o desde la contigüidad de la estulticia, pero acaso convenga ahora también destacar el detalle de que haya hecho la faena en la Academia Nacional de la Historia. Si debemos felicitarnos por el caudal de sugerencias y correcciones que ha llenado las páginas de un texto ineludible, igualmente conviene mirar hacia la metamorfosis de la corporación que recibió su redacción para que se leyera en la sesión solemne de hoy. Una institución movida por los aires que han provocado la revolución de la ciencia histórica y respetuosa del parecer de los profesionales que en ella han participado, recibe con evidente comodidad la versión de un brillante investigador que tal vez no hubiera tenido ocasión hace poco, de hacer lo que ha hecho desde la tribuna de nuestro paraninfo.

En consecuencia, la Academia seguramente entenderá en adelante como su deber el detenerse en la urgencia mayor que Manuel Caballero pone en evidencia después de sus análisis sobre los textos y los episodios bolivarianos ya comentados, lo cual puede abrir un derrotero de crítica susceptible de acercar más todavía a la corporación a sus obligaciones con el saber que representa oficialmente, aunque también con las conminaciones del bien común. Después de iluminar un panorama fundamental del siglo XIX, el telón que descorre permite el descubrimiento de una peligrosa pretensión, de una arremetida apocalíptica contra la comprensión de la vida venezolana entendida como una obra de la sociedad a través del tiempo; como un reto asumido desde antiguo por los individuos de toda especie quienes han atendido a su manera las solicitudes del entorno hasta llegar a cúspides como las que se advierten en el siglo XX, sometido recientemente a una caprichosa e insostenible descalificación que ha contado con un coro de cándidos repetidores y de silenciosos destinatarios. Podemos considerar ahora, gracias a la tesis de Manuel Caballero, que el reproche del pasado, cada vez más fomentado por las cúpulas de nuestros días, no traduce la censura de los antecedentes que habitualmente utilizan los factores del poder para asentar una hegemonía como las que ha sufrido la sociedad desde la inauguración de la república, sino la negación redonda y fulminante del quehacer colectivo. De un fragmento del siglo XIX se salta hacia el siglo XXI sin mirar hacia atrás, de los hechos del héroe se realiza una maroma para caer en las ejecutorias del hombre fuerte, a la apología del líder de la Independencia le sigue una amputación de la conciencia que pretende disimularse con el engrudo

de una ideología contemporánea, en caso de que exista de veras, y con la búsqueda de otro salvador, asegura el recipiendario. Por consiguiente, la evolución de la vida se exhibe como un desfile de luminarias y como la atadura de unos clisés que observa desde la pasividad y la neutralidad y la mediocridad y la estupidez, el incompetente pueblo venezolano.

¿Es así de veras, como se nos propone ahora? Hay que discutir una tesis tan sugestiva, tan llena de desafíos, según ha discutido la sociedad los pareceres de otros historiadores - como Laureano Vallenilla Lanz, José Gil Fortoul, Mariano Picón Salas, Mario Briceño Iragorri, Augusto Mijares, Ramón J. Velásquez y Germán Carrera Damas, por ejemplo- quienes sacaron de las huellas del pasado una versión genérica del tiempo nacional y una solvente pero polémica explicación en torno a cómo se ha orientado. No sólo el contenido expreso de la tesis invita a la reflexión, sino también los méritos intelectuales de quien la ofrece. Manuel Caballero es el autor de libros fundamentales para la cultura venezolana y para la historiografía en general, como: *Latin America and the Comitern*, *Gómez, el tirano liberal*, *Ni Dios ni Federación*, *Revolución, reacción y falsificación*, *Las crisis de la Venezuela contemporánea* y *Rómulo Betancourt, político de nación*, entre otros muchos. Manuel Caballero se graduó de Licenciado en Historia en la Escuela de Historia de la Universidad Central de Venezuela y de Doctor of Philosophy en la Universidad de Londres, University College, para cumplir una carrera de catedrático universitario en el país y en el extranjero, de tutor de los trabajos de sus discípulos y de redactor de monografías especializadas que arrancó en 1966 y llega hasta la actualidad sin interrupción. Lo que propone no es fruto de la improvisación, pues, sino el resultado de una vida dedicada a la escritura, a la lectura y a la investigación histórica.

Como el saber histórico no anda de su cuenta en el aire, requiere de portavoces para hacerse útil. El colega que recibimos hoy en la Academia es uno de ellos en términos de excelencia. Gracias a contribuciones como las suyas, puede la Historia salir del cementerio en coherente cortejo para compartir un plazo de resurrección con sus criaturas del futuro; y la historiografía, por consiguiente, deja de ser una crónica banal para afirmarse en sus aportes como un entendimiento servicial de la sociedad que no requiere sino del aliento de sus representantes y de la atención de sus destinatarios para ser otra y la misma progresivamente. Lo que la historiografía pueda tener de elemento foráneo no incumbe a influencias como las del poder político o las del poder económico, como se dijo al principio, aunque no pocas veces hayan tratado tales elementos con éxito el manejo del pasado y de sus escritores, sino a virtudes y valores no necesariamente ligados al oficio, ni relacionados exclusivamente con su cometido, que trae en su bagaje el historiador a título individual. En el caso de Manuel Caballero debemos celebrar el hecho de que, mientras sobresalía como representante

de nuestra disciplina, las personas que hemos tenido la fortuna de conocerlo ya habíamos comprobado sus cualidades de esposo devoto, su alegría de vivir, su honestidad sin tacha, su coraje cívico y la fortaleza de su solidaridad. Añadidas, si así pueden ahora sin balanza llamarse, por las cuales también se regocija personalmente y en nombre de la corporación quien ha tenido el honor de responder su discurso. Bienvenido a la Academia Nacional de la Historia, don Manuel Antonio Caballero Agüero.